



Vigilia Pascual 2021

1. La Iglesia, revestida de la luz de la Resurrección de Jesucristo, canta en esta noche de vigilia la alegría de reconocer toda la historia humana como una historia del amor que Dios profesa a toda la obra salida de su inteligencia, de su corazón y de sus manos. Y, de forma del todo singular, canta el amor de Dios a sus criaturas predilectas, el hombre y la mujer, en quienes ha puesto su propio aliento de vida, su espíritu, para que sean imagen y semejanza suya y continuadores y guardianes de su creación.

Pero esta historia ha sido la de un amor desde el principio a penas correspondido. El amor de Dios no ha sido para muchos ni siquiera conocido. Y la mayor parte de los elegidos como miembros del pueblo sacerdotal y nación consagrada han sido de forma continuada infieles a la alianza y han desacreditado con su vida la santidad de su Dios, al que de palabra confesaban.

Esta dificultad para conocer y amar a Dios es la triste herencia del pecado de Adán, cuyos efectos se manifiestan de forma clara en nuestro momento cultural. Conocer a Dios no sería posible ni tampoco necesario. La apertura a Dios no tendría futuro en la sociedad de la ciencia y la tecnología. La persona habría de ser autónoma, en sus capacidades y en sus limitaciones, y tendría que aprender a vivir instalada en su finitud.

Las consecuencias de este aprendizaje autodestructivo las ponen de relieve las poderosas tendencias del mundo actual que dificultan o incluso impiden el desarrollo de la fraternidad universal, como señala el Papa en su encíclica “Todos hermanos”.

Lecciones que parecían aprendidas de los dolores de la historia en orden a la integración, la unidad y la paz de los pueblos, están siendo olvidadas, y se encienden conflictos ideológicos anacrónicos, que crean nuevas formas de egoísmo social y son un paso atrás en la historia.

La economía global se desentiende del bien común, y del respeto a la persona y a sus derechos inviolables, e impone un modelo cultural único, orientado al individuo como consumidor, que debilita la dimensión comunitaria de la existencia y no nos hace más hermanos en comunidad. La obsesión por el propio bienestar es riesgo de un cisma entre el individuo y la comunidad humana.

La pérdida del sentido de la historia agudiza la disgregación social. Con una especie de ‘deconstruccionismo’ de la historia se pretende que la libertad humana lo construya todo desde cero. Deja en pie únicamente la necesidad de consumir sin límites y la acentuación de muchas formas de individualismo sin contenidos. Ante tal proyecto, el Papa ha dado a los jóvenes esta advertencia: “Si una persona les hace una propuesta



Carlos López Hernández

y les dice que ignoren la historia, que no recojan la experiencia de los mayores, que desprecien el pasado y que solo miren el futuro que ella les ofrece, ¿no es una forma fácil de atraparlos con su propuesta para que solamente hagan lo que ella les dice? Esa persona los necesita vacíos, desarraigados, desconfiados de todo, para que solo confíen en sus promesas y se sometan a sus planes. Así funcionan las ideologías de distintos colores, destruyen – o de-construyen- todo lo que sea diferente y de ese modo pueden reinar sin oposiciones” (FT 13). “Son las nuevas formas de colonización cultural” (FT 14). “La mejor manera de dominar sin límites es sembrar la desesperanza y suscitar la desconfianza constante. (FT 15) Así se favorece en el mundo actual la indiferencia cómoda, fría y globalizada.

Algunas personas parecen sacrificables para que otras puedan vivir sin límites. “En el fondo no se considera ya a las personas como un valor primario que hay que respetar y amparar, especialmente si son pobres o discapacitadas, si todavía no son útiles – como los no nacidos-, o si ya no sirven – como los ancianos” (FT 18).

“La pandemia de Covid-19 despertó durante un tiempo la consciencia de ser una comunidad mundial que navega en una misma barca, donde el mal de uno perjudica a todos”. Nadie se salva solo; únicamente es posible salvarse juntos. “El aislamiento y la cerrazón en uno mismo o en los propios intereses jamás son el camino para devolver esperanza y obrar una renovación” (FT 30). Por eso la pandemia deja al descubierto las falsas seguridades en las que habíamos apoyado nuestros proyectos. (FT 32).

“El golpe duro e inesperado de esta pandemia fuera de control obligó por la fuerza a volver a pensar en los seres humanos, más que en el beneficio de algunos. El dolor, la incertidumbre, el temor y la conciencia de los propios límites, que despertó la pandemia, hacen resonar la llamada a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestras sociedades y sobre todo el sentido de nuestra existencia” (FT 33).

En este marco social y cultural, que condiciona nuestra vida y testimonio de fe cristiana, hemos de acoger y hacer realidad la luz y la vida nueva que nos regala Cristo Resucitado.

Ha sido necesaria la venida de Jesucristo al mundo para llevar a feliz consumación la obra permanente de salvación de Dios: para que la desobediencia de Adán fuera anulada por la obediencia de Cristo, fiel hasta la muerte en cruz por amor. La Iglesia lo cree y canta hoy: ¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor! Dios nos ha enviado el verdadero Cordero, cuya sangre consagra las puertas de los fieles y quita los pecados del mundo.

En la cruz y la resurrección de su Hijo nos ha mostrado Dios de forma definitiva su amor y su eterna misericordia, *“porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su*



Unigénito, ... para que el mundo se salve por él” (Jn 3, 16-17). Y, en el Hijo, “*nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él.*” (1 Jn 4, 16).

Por ello hemos cantado: ¡Que noche tan dichosa! ¡Clara como el día! Noche de gracia, en la que Cristo rompe las cadenas de la muerte y une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino.

2. El anuncio de la resurrección nos llega de tres mujeres, discípulas llenas de amor a Jesús, que fueron de madrugada a embalsamar su cuerpo. Vieron el sepulcro vacío y escucharon el mensaje de un joven vestido de blanco: “**Jesús el Nazareno, el crucificado, ha resucitado. No está aquí.**”

El sepulcro vacío es en sí mismo un signo de la resurrección; por eso el ángel les indica: “*Mirad el sitio donde lo pusieron*”. Pero la prueba va a ser el reencuentro con Jesús vivo; verlo, hablar con él, comer con él, en el lugar donde todo empezó. Para ello, las mujeres reciben el encargo: “*Id a decir a sus discípulos y a Pedro: Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo.*”

El anuncio de la resurrección y del envío a comunicarlo va precedido de un mensaje de alegría: “*No tengáis miedo*”. El temor nos encierra y nos inmoviliza; la alegría libera interiormente y nos pone en camino; la alegría es impulso de acción.

Después de la muerte del Maestro, los discípulos se habían dispersado. Su fe se deshizo y parecía que todo había terminado: derrumbadas las certezas, muertas las esperanzas. Pero entonces, aquel anuncio de las mujeres, aunque increíble, se presentó como un rayo de luz en la oscuridad. La noticia se difundió: Jesús ha resucitado, como había dicho... Y también el mandato de ir a Galilea.

Ir a Galilea es volver al lugar de la primera llamada. Jesús pasó por la orilla del lago, mientras los pescadores estaban arreglando las redes. Los llamó, y ellos lo dejaron todo y lo siguieron (cf. Mt 4,18-22).

Volver a Galilea quiere decir *releer* todo a partir de la cruz y de la victoria; con alegría, sin temor. Reinterpretar la predicación, los milagros, la nueva comunidad, los entusiasmos y las defecciones, hasta la traición; valorarlo todo a partir del final de la historia de Jesús, *de su supremo acto de amor y de su glorificación por Dios*, que representa un nuevo comienzo para cada uno de los apóstoles y para la misión de la nueva comunidad cristiana en la historia humana.

También *para cada uno de nosotros hay una Galilea* en el comienzo del camino con Jesús. Ir a Galilea significa para nosotros redescubrir nuestro bautismo como fuente viva, sacar energías nuevas de la raíz de nuestra fe y de nuestra experiencia cristiana. Volver a Galilea significa para cada uno sobre todo volver al momento de mi historia en que la gracia de Dios me tocó al comienzo del camino. Con esa chispa de amor



Carlos López Hernández

incandescente puedo encender el fuego para el hoy, para cada día, y llevar calor y luz a mis hermanos y hermanas. Con ese fuego se enciende una alegría humilde, buena y serena, que supera el dolor y libra de la desesperación.

En la vida del cristiano, después del bautismo, hay también otra Galilea, *una Galilea más existencial*: la experiencia del *encuentro personal con Jesucristo*, que nos ha llamado a cada uno a seguirlo y participar en su misión. En este sentido, volver a Galilea significa custodiar en el corazón la memoria viva de esta llamada, cuando Jesús pasó por mi camino, me miró con misericordia, me pidió seguirlo; volver a Galilea significa recuperar la memoria de aquel momento en el que sus ojos se cruzaron con los míos, el momento en que me hizo sentir que me amaba. Volver a Galilea es renovar en esta vigilia las promesas del bautismo con una firme promesa de amor fiel.

3. Es necesario *recibir el fuego del amor de Jesús* para creer de verdad y ser testigos de su resurrección. Este fuego del amor de Jesús es el Espíritu Santo, que Dios da a los que obedecen (cf. Hch 5, 32). Él es verdadero testigo de la resurrección; su testimonio se realiza en lo más íntimo de cada creyente: es la transformación de la propia vida por la gracia de Cristo. No hay testimonio más cierto ni más comprobable para uno mismo y para los demás. Por ello, de la experiencia de encuentro salvador con el Resucitado ha surgido a lo largo de los siglos la conversión misionera de los testigos.

4. El contenido de nuestro testimonio de la resurrección es el mismo Jesucristo resucitado: su vida en comunión de amor con el Padre y su enseñanza del camino de las bienaventuranzas, que él nos hizo capaces de vivir tras sus huellas, con la fuerza de su Espíritu de vida. Nuestro hombre viejo ha sido crucificado y estamos vivos para Dios en Cristo Jesús.

¿Qué sería de nosotros en un mundo sin más verdad que el interés de cada uno; sin más justicia que la impuesta por los poderosos o las ideologías? ¿Cómo sería nuestra convivencia familiar y social sin amor fiel y abnegado, sin perdón de las ofensas, sin misericordia para los enemigos vencidos? ¿Qué esperanza de vida sería posible para los pobres y excluidos del sistema del consumo? ¿Y qué aliento llenará la vida que sólo consista en trabajar y consumir cosas y relaciones? ¿Qué luces orientarán nuestra libertad y qué fuerzas le allanarán el camino a recorrer en la confrontación con la libertad de los otros? Dicho con otras palabras: ¿Qué sería de nuestra sociedad si apagáramos definitivamente los focos que siguen transmitiendo la luz del Resucitado?

Nuestra vida resucitada con Cristo y nuestro anuncio de su Evangelio son la medida más auténtica de nuestro amor Dios y a los hermanos; de esa forma estamos llamados a iluminar con la luz de Jesucristo resucitado las cegueras, involuntarias o interesadas, que oscurecen los caminos y debilitan las esperanzas de tantas personas. Para todas ellas y para nosotros suplicamos al Señor Resucitado que nos envuelva en su luz.

Catedral Nueva, 3 de abril de 2021